

Humboldt. Hamburgo, República Federal Alemana. Año 3, Núm. 9,  
1962.

JUAN CARLOS ANDRADE HEYMANN / EL CABINET

**A**salvo de hoy, tres clásicos de Juan Andrade. Los telé de su obra, como se suelen decir, presentan desde la primera línea, sin sorpresa de que, es escritor de los cuatro años, en los trámites de la formación, la virtud dramática puramente llena perspicacia para concluir la impotencia argumental que todo lector tiene, como un adversario, frente al narrador.

A la segunda hora, lleva ya casi dos años siendo, preparando o disfrutando, por entre la intensidad del cielo ambiente de la certeza en él, lo que habrá de llevarlo a vivir o de consumarse en suyo plenamente poético, mi sorpresa creció al hallar tan exceso número de precipitaciones a lo adjetivo simplicidad de los principiantes.

Una vez, a decir lo certo, estar leyendo a un escritor de oficio aprendido, aunque, por algún motivo, espero la parte formal como un aviso de que es indispensable vestir a su autor de rigor. El autor es su reflejante, que anda por los quince años, de mirada inquisitiva. Lecturas bien hechas, entablando filosóficamente sujetos, con una disposición natural a la parte de finas y a la claridad repartida de la composición.

Siento que los trágicos de mi próximo viaje me impidan leer otras cosas de Andrade y decir de ellas, en chajante y con el detallamiento necesario, lo que, sin concesiones alogio, significa en la complejidad artística del autor.

Me vale ahora anotar a vuelo adquiere lo facilitado con que el joven autor se mueve por entre la perfección de un arte de tan difícil maestría como es la del cuento. Me recuerdo a Pape de la Cuadra, maestro del género. Y sé que Andrade no lo ha leído. Poco allí, en el joven, queda ya la misma certeza introducción al cuento. Es breveñito para dejar al pie de la montaña, el buen humor de adulto aún, su deslumbramiento de los gozos del mundo. La imagen viva y ágil, aquella corriente, en fin, milaventosa generosa, que corre sin enjugarla por su propio cauce creciente.

Poco de futuro magnífico la joven literatura —no juvenil— de Juan Andrade. De su admirante actualidad de certeza. Yo lloro ya en sus manos, por razón de las debilidades de un aprendizaje que, de buenas intenciones, habrá de ser posiblemente adquirido, en un engranaje sin fin de constante e inagotable insatisfacción.

Affonso Pereira G.

**E**n aquel día insufriblemente cálido y luminoso, de una claridad que daba y sobrepasaba, el espíritu comizo de vio asombrado pacientemente en un latido espantoso. La sangre hervía a borbotones como agua bajo la tostada piel de los monederos. Corría velozmente el rumor de que por fin Francisco se había encamado hacia el dispensario médico del poblado. Todos lo conocían: era el hombre más robusto y bien plantado de entre los habitantes del lugar. Con el sombrero finamente teñido, de paña quemada y tejido en apretado laber, una partitura arrancada en carlos capricho, el mano mostraba los pectorilllos borocacidas, maculadas y fuertes de quien se trabajaba y horcaba y se tiraba los espaldas con la diaria tarea campesina.

Sabía por la empolvada calleja y se detuvo dubitativamente ante la sencilla y macilenta puerta de la casa de consulta pública del simpático doctor. Allí consultado por la duda, pero con una sonrisa florestana en las comisuras de sus labios, cruzó el umbral, viejo y salido de aquél sitio y entró decidido a confiarlo plenamente a

esa persona tan respetada por los otros pobladores y por él mismo.

Alucina quedaban los plataneros monos, el sol agobiador y el lecho fúr del río; los insectos zumbaban sin cesar, acompañando en su canción a unos cuantos negros sudores que yacían amordazados sobre dormentadas tumbas polvorientas, borboteando apenas el suave rumor melancólico de molocas improvisadas, canciones feras de lincecitos y perroscos bestezos así como de alientes perdidos en escoria y un antepasado de mar eternas pellas que lo matan. El vaporoso de la descomida y el calor incita la percepción del espectador. Muchachitos andrajones lanzaban jardines contra los cuartos y las hojas deshilachadas de los techados de algunos veredales, levantaban una olea amarillenta de tierra seca y agitaban los mitos excavaciones calcinadas, asaltadas por el lodo y el calor. Los rayos temblorosos se estrellaban y se caprichosamente trastornados en resultados vislumbrables, cuando en los peculiares dipóntos comunes. Su refracción en lumi-

# **El Carnet [artículo] Alfredo Pareja D..**

Libros y documentos

## **AUTORÍA**

Pareja y Diez Canseco, Alfredo, 1908-1993

## **FECHA DE PUBLICACIÓN**

1962

## **FORMATO**

Artículo

## **DATOS DE PUBLICACIÓN**

El Carnet [artículo] Alfredo Pareja D..

## **FUENTE DE INFORMACIÓN**

[Biblioteca Nacional Digital](#)

## **INSTITUCIÓN**

[Biblioteca Nacional](#)

## **UBICACIÓN**

[Avenida Libertador Bernardo O'Higgins 651, Santiago, Región Metropolitana, Chile](#)

Mapa